

dormirán si sacáis el tanto por ciento de los doce mil millones que debemos por nuestros errores. Nos entregamos a quien nos sabe hacer unas cosquillas con menos daño. La piel de España es tan célebre, que ha dado nombre a un perfume. Es morena y algo velluda, con una pelusa semejante a la del melocotón, los poros muy abiertos, con ronchas de no lavarnos. Quien nos rasca, soba, punza y acaricia nos hace ver países deliciosos, una hamaca, guajiras y la mosca del sueño. España es una hembra de cuidado, con cosquillas en todos los sitios. Su ideal es que el bello húmedo de un toro le haga cosquillas bajo los sobacos. ¿Creéis que exagero? Nada de eso. Leed los periódicos, los libros, los discursos: id al teatro. Chistes, chismes, risa, retruécanos, equívocos, hamponería. No tenemos un Hamlet, ni maldita la falta que nos hace. A cambio de eso tenemos cerca de sesenta matadores de toros y unos centenares de hombres que tienen cascabeles en la pluma con que escriben y campanillas de muleta castellana en la lengua cuando hablan. El remedio de esa enfermedad de la piel, es lavarse. Hasta que no tengamos baños públicos no se nos quitará. Pero, señores, ¿sabéis de alguno que se atreva a llevar España al agua?

\* \* \*

“..... que con razón me quejo de la vuestra fermosura.” Hablaban así nuestros tatarabuelos, y vive Dios que no podían hacerlo de una manera más española, simpática y alta-nera. Cervantes la puso en solfa creyendo de buena fe que tan enrevesada locución no respondía a los sentimientos de la raza. Pero Cervantes es el mayor enemigo que ha tenido el **Romancero** y aquí nos encontráis pendientes de los libros de Menéndez Pidal, de su gramática histórica y de su flamante **Cid**, los cuales libros pretenden restaurar en las conciencias los tiempos heroicos. Es muy curioso observar cómo las

naciones a medida que degeneran y se extravían hozan y escarban en su pasado, entregándose a éste de tan desafortunada manera, que no parece sino que habemos de restaurar las épocas del conde Dirlos, del conde Ciaros, del conde Alarcos o del conde García.

Las mejores inteligencias excavan en los yacimientos históricos y nos descubren maravillas mientras nuestro presente es un horrible e inmundo falansterio. ¿Por qué cerebros tan privilegiados no se dedican a revelarnos los misterios físicos y sistematizan las teorías naturales, los problemas de la vida, las cuestiones de la producción? ¿Por qué se da en España un autor de la Biblioteca Nueva o un Gallardo y no un Darwin, o un Haeckel, o un Pasteur, o un George? ¿Qué dirán de nosotros los venideros al repasar el inventario que les legaremos y no encontrar en él otra cosa que prodigios de erudición acerca de unos viejos siglos de leyenda y encanto? ¿Qué diablos les interesará un libro formidable que descubra las fuentes del derecho español mientras en los albores del siglo XX nadie tiene genio ni energía para edificar nuestras costumbres, nuestras leyes, en armonía con los ideales de nuestro tiempo y exigencias científicas? ¿Es que vale más descubrir una nueva y obscura crónica que una estrella, que una bacteria, que una ley psicológica? ¿Y por qué endemoniado destino hemos de poseer nosotros bibliotecarios sublimes y no profundos inventores?..... Algunos creerán que estas interrogaciones no tienen contestación, demostrado ya que los españoles no han contribuído al progreso humano de estos últimos tiempos en otra moneda que en excesos de fanatismo e intransigencia. Tienen respuesta, ya lo creo que la tienen. España es un país en el que el pueblo, por instinto, va siempre adelante y sus sabios y poderes públicos hacia atrás.

Si yo hubiera estudiado en Ale-